

---

# La crisis del PCE: MANIFESTACION DE UN PROYECTO INVIABLE

Ricardo Lovelace

---



# 5

---

**Las sucesivas expulsiones habidas en el PCE, la escisión reciente en el PSUC, la merma de militantes e implantación social de ambas formaciones, así como el progresivo desdibujamiento de la línea política de los comunistas españoles expresan, en su conjunto, una profunda crisis cuyas raíces se remontan a la propia historia del PCE, a las especiales condiciones de la transición democrática española y a la situación del comunismo internacional.**

En las discusiones internas mantenidas por el PCE a finales de los años 60 y primeros 70, se daba por descontado que el mapa político, tras la caída de la dictadura, reflejaría el gran predominio, dentro de la izquierda, del partido comunista, mientras que una amplia formación de-

mocrisiana cubriría el espectro de un centro y una derecha relativamente progresista. Era éste un modelo a la italiana, aunque sesgado en un sentido mucho más a la izquierda.

Se suponía, en resumen, que el mapa político de la democracia reflejaría el di-

bujo existente en condiciones de clandestinidad, minusvalorando no sólo a todas las fuerzas conservadoras que se expresaban a través del propio aparato del régimen franquista, sino al resto de las formaciones opositoras que, por su carácter, encontraban extraordinarias dificultades para desarrollarse en condiciones de ilegalidad.

Los presupuestos de este cálculo eran tan irreales como sencillos: la dictadura, por un lado, habría supuesto para el país, y venía siéndolo por entonces, una rémora para su desarrollo económico hasta el punto de que los sectores capitalistas no monopolistas se verían confortados con su desaparición, basculando hacia soluciones netamente democráticas; éstas, a su vez, vendrían de la mano de las fuerzas de izquierda, fundamentalmente el PCE ante la claudicación histórica de la derecha española en acometer a tiempo su tarea transformadora.

Es decir, la hegemonía dentro del bloque de fuerzas que finalmente derrocaría a la dictadura sería ejercida por los comunistas y sus aliados «estratégicos», por lo que el

cambio democrático consistiría en una completa ruptura con el régimen salido de la guerra civil. Dicha ruptura significaba, tal como se definió en el VIII Congreso de 1972, una «auténtica revolución política» que abriría el camino para un proceso ininterrumpido hacia el socialismo.

He recordado este tipo de análisis porque, a mi juicio, muchas de las claves de la crisis comunista española actual residen en el tremendo desenfoque padecido por el PCE a la hora de valorar el franquismo y, consiguientemente, de calibrar las posibilidades de la transición hacia la democracia. Estas cuestiones son las raíces específicamente españolas de esa crisis: más tarde mencionaré los componentes generales a todo el llamado «movimiento comunista» que también han contribuido a la crisis.

El PCE se resistió obstinadamente a comprender la naturaleza de una dictadu-

ra que fue mucho más que una simple superestructura minúscula sobrepuesta al país, y subestimó los cambios económicos y sociales que se venían gestando en los años 50 y, sobre todo, tras el Plan de Estabilización. La terquedad llegó hasta la expulsión de todos aquellos dirigentes y militantes que se percataron de la creciente diferenciación entre los análisis de la realidad hechos por el PCE y la realidad misma.

La idea que parecía subyacer a los análisis comunistas era que la dictadura constituía un paréntesis en la vida española, un hecho siempre provisional, lo que no excluía que en variados documentos oficiales, sobre todo de finales de los 60, se hablara del crecimiento económico habido en los últimos lustros, fundamentalmente para recalcar, y exagerar, los aspectos conflictivos que iban apareciendo entre las demandas de la propia dinámica económica y el régimen político imperante.

---

**El PCE se ha ido quedando  
sin política al negarse a revisar  
unos presupuestos tradicionales que  
la transición democrática  
ha revelado falsos**

---

Cerrado el paréntesis, las soluciones se encaminarían, según el PCE, por el sendero que probablemente hubieran seguido en 1939 —en el caso de que se hubiera ga-

nado la guerra—, con un partido comunista agrandando dirigiendo un amplio abanico de fuerzas progresistas y, eso sí, unos sectores católicos renovados por el Vaticano II: la sólida derecha que empujó contra la legalidad republicana no parecía existir, y se restaba importancia a las más sólidas estructuras económicas y sociales nacidas durante la dictadura.

Esta continuidad, como si entre tanto nada hubiera sucedido, entre el período de la guerra —ya que no en etapas anteriores en donde los comunistas tuvieron una escasísima influencia— y el momento del pronosticado desplome franquista, se pone de relieve explícitamente en la propia documentación comunista, cuando comparaba la línea política seguida en el último período de la dictadura con la experiencia del Frente Popular, que se presentaba como antecedente inmediato de la misma. Por otra parte, aunque este últi-

mo aspecto quedara relegado a la categoría de anécdota, pero significativa, la creencia persistente en que la dictadura constituía un paréntesis ha llevado a muchos dirigentes comunistas a mantenerse en sus puestos, suponiendo sin rubor que la España actual les reconocería como líderes.

La transición acaecida desde 1975 barrenó un edificio ideológico tan tozudamente construido y defendido: desde un extremo a otro del andamiaje del PCE se conmovieron las ilusiones causando la desmoralización entre sus miembros. Esta situación no podía manifestarse sin una profunda crisis. Además, desde la muerte del dictador los dirigentes comunistas han tratado por todos los medios de ocultar lo que todo el mundo veía, aplicándose a la ingrata labor de demostrar lo acertado de sus pasados análisis cuando era cada vez más patente lo contrario, y cuando ya no resultaba posible, ha ido borrando las huellas de la vieja política con el afán de que todos, hasta ellos mismos, la olvidaran (presunción de carencia de memoria, tan al uso entre los comunistas).

El resultado de esta trayectoria reciente no ha podido ser más contrapuesto al buscado, acelerándose la crisis: el PCE se ha quedado sin política careciendo de otra de recambio; hoy ya nadie sabe qué son y qué dicen los comunistas españoles; su línea política se construye cada mañana sobre la base de una lectura atenta de los editoriales periodísticos por parte de sus dirigentes.

Entiéndase bien que el problema expuesto no sólo consiste en el fallo completo de la línea política construida por el PCE desde principios de los años 60 —que puede seguirse en textos como *¿Después de Franco, qué?, Nuevos enfoques a problemas de hoy, Libertad y socialismo*, etc.— sino, además, en la persistente deformación de la realidad española en los primeros años de la transición con objeto de ocultar esa quiebra, sometiendo así a los militantes a un duro con-

traste entre el discurso político que se enunciaba y la realidad de una evolución política que les resultaba cada vez más incomprensible y amarga. Pueden ponerse multitud de ejemplos de este último hecho: así, cuando se firmaron los Pactos de la Moncloa, el mensaje que se hizo llegar a las bases comunistas fue el que constituían un principio de salida a la crisis económica «de carácter no capitalista» —lo que concordaba con la ideología anterior a 1975—, y un poco más tarde, en la Conferencia de Madrid preparatoria para el IX Congreso del PCE, su secretario general defendió la idea de que en España se estaba produciendo una «revolución política» como la prevista en el Congreso de 1972. Naturalmente, si esos juicios triunfalistas y apologéticos hubieran sido mínimamente certeros, resultaba por completo incomprensible el progresivo deslizamiento de la situación política hacia posiciones cada vez más conservadoras y, asimismo, el modesto resultado electoral cosechado por el PCE.

Con estos antecedentes nadie puede extrañarse de la reducción del peso social y político que el PCE viene experimentando en estos años difíciles del postfranquismo. Pues bien, esa merma en la influencia comunista en el campo político y sindical —respecto de la mantenida en los reducidos ámbitos de la oposición clandestina, que tantos espejismos hizo concebir— ha debilitado tremendamente las posibilidades de transformación del propio PCE, siendo éste el segundo aspecto de su crisis actual.

Efectivamente, en los últimos años de la dictadura el PCE hizo un esfuerzo notable para su transformación, revisando muchos de los cánones acuñados en la vieja III Internacional, y adoptando posturas cada vez más distanciadas de la ortodoxia dominante entre los comunistas.

Esa evolución venía impulsada por una variada conjunción de factores: la crisis del «socialismo real», las contradicciones crecientes derivadas de una tensa lucha en

---

**La merma sufrida en la influencia social y política del PCE ha erosionado sus posibilidades de renovación**

---

España por las libertades y la notoria tiranía existente en los países del Este, el pragmatismo impuesto por las difíciles condiciones de supervivencia en el seno de

---

**Los grandes partidos comunistas contemporáneos son consecuencia directa de situaciones generadas en la Segunda Guerra Mundial**

---

una rígida dictadura. Renovarse o perecer, tal era el dilema que las condiciones imponían a la dirección comunista.

Y no les faltó inteligencia y audacia en este empeño. El PCE supo mantener su adhesión, aunque con dificultades y fricciones, entre el interior y el exilio, mucho mejor que en otros casos en los que han acabado constituyéndose dos partidos. Se distanció de la URSS lo suficiente como para no ser tildado de hipócrita, al tiempo que se conservaban los lazos, muy poderosos por cierto, con un modelo que seguía siendo único para muchos de sus dirigentes y, más aún, para buena parte de las bases; se depositó confianza y responsabilidades en cuadros jóvenes, sin que por ello perdieran las riendas los veteranos de la guerra. Esa capacidad de adaptación del PCE le evitó acabar convirtiéndose en una pequeña capilla de devotos sin presencia apreciable en la sociedad española.

Ahora bien, la evolución de estos últimos años ha dejado fuera de lugar muchos de los motivos que presionaban a favor de la transformación y ésta se ha detenido secamente. Por un lado, la influencia social del PCE es hoy tan magra que no obliga a grandes transformaciones para conservarla, ni desde las bases sociales en las que se mueven los comunistas se emiten impulsos vigorosos en un sentido renovador. Por otro lado, las condiciones de legalidad, por paradójico que parezca, permiten la subsistencia de un aparato congelado sin necesidad de tensar las cuerdas del pragmatismo tradicional, tan útil en otros tiempos más difíciles. Así, por ejemplo, los intelectuales y estudiantes no sólo fueron en los años 60 un factor de dinamismo de un PCE siempre cercado por la represión, fueron un elemento imprescindible para la supervivencia del aparato en el interior y esto obligaba a

ciertas transformaciones; en la legalidad, para mantener un aparato político de modesta influencia, no son ya necesarios unos sectores tan proclives a la disidencia.

Así, los enfrentamientos cada vez más ásperos, que se observan en el PCE desde el IX Congreso (1978), expresan la contradicción creciente entre dos grandes tendencias: la primera y dominante entronca de forma directa —personal y, sobre todo, ideológicamente— con la generación surgida al calor del Frente Popular y la guerra civil; mientras que la segunda es deudora del impulso renovador de los diez años anteriores a la desaparición del dictador y, asimismo, del cambio sociológico que en esos años experimentó España. Ahora bien, el proyecto que se expresa en esta última corriente ha ido chocando con las ambigüedades y compromisos del grupo dominante: el PCE de siempre está devorando al que pudo ser en un momento dado, y al que necesitó ser para ganar implantación en un contexto de severa dictadura.

Por otra parte, la confrontación entre las distintas corrientes en el seno del PCE ha marcado los límites de una estructura organizativa en donde la legalidad estatutaria —formalmente democrática— sólo se aplica en los casos que convenga al grupo dominante dentro de la dirección. Resulta llamativo constatar la notable involución sufrida por el aparato comunista en su funcionamiento interno, llegando la centralización de decisiones y el monopolio de la «elaboración teórica y política», ejercido por un pequeño grupo, hasta extremos desconocidos incluso en condiciones de clandestinidad; éstas imponían serios obstáculos a la democratización interna, pero como consecuencia de la mayor autonomía en la vida cotidiana de las grandes organizaciones del PCE en el interior, aunque sólo fuera por los requerimientos de seguridad, se alcanzaban cotas de participación en la toma efectiva de decisiones por parte de los comités intermedios y las organizaciones de base, sensi-

blemente más altas que en los últimos años, cuando la polémica interna ha cobrado extraordinaria virulencia.

Pero en la crisis del comunismo español hay otro factor de extraordinaria importancia: la situación internacional del comunismo. Se ha dicho recientemente, a raíz de los acontecimientos polacos, que las influencias positivas de la Revolución rusa se habían agotado completamente. En realidad este juicio parece benévolo en contraste con el panorama brutal y desolador que ofrecen los países dirigidos por las burocracias calificadas de comunistas: salvo los procesos de revolución industrial tardía desencadenados por ellas en países periféricos (y todavía es pronto para juzgar inequívocamente sus resultados, en todo caso muy costosos), ninguna contribución positiva puede ser anotada con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. No resulta por ello casual que todos los grandes partidos comunistas

contemporáneos —el italiano o francés—, y todas las empresas de entidad protagonizadas por los comunistas con éxito desde entonces —China, Vietnam— son con-

secuencias directas de situaciones generadas en la citada guerra. Es decir, la capacidad moral e ideológica de la política nacida en la Revolución rusa para promover o dirigir grandes movimientos históricos quedó sofocada en la segunda contienda mundial. Desde entonces ningún partido comunista ha conseguido reconstruirse con cierta importancia, sin haberla tenido a raíz de la guerra; ningún movimiento en el Tercer Mundo ha estado dirigido por partidos comunistas *oficiales* si así no era en los años 40 (lo que no excluye, como consecuencia de la dialéctica de bloques, las «conversiones» masivas como en Cuba, Etiopía, Angola, etc., con posterioridad al cambio político).

El llamado «socialismo real» del bloque comunista ha acabado por asfixiar el mensaje del octubre ruso, ofreciendo un balance que, desde hace décadas, no ofre-

ce ningún elemento positivo a todos aquellos que combaten por un mundo mejor. Con este telón de fondo, la recuperación del comunismo español tras el largo período dictatorial no podría dejar de ser tremendamente comprometido.

No sería justo despreciar el grado de conciencia que algunos dirigentes comunistas españoles han llegado a tener del fenómeno mencionado: de ahí que el PCE, en los últimos lustros, tratara de combinar en su seno, al tiempo, la tradición de los años 30 y su contribución a la Guerra Mundial en la guerrilla, con la renovación acuñada con el término «eurocomunista». Sin embargo, esta conciencia sólo ha recorrido medio camino ante el temor de lo que podía ser un suicidio colectivo de la vieja guardia y sus señas de identidad, definiendo mejor que nada este punto intermedio la crisis del presente.

Porque tras los profundos cambios vi-

vidos por España durante la dictadura, al margen de la valoración que se haga de ellos, la recomposición política en la naciente democracia exigía la creación casi

de nuevo de su tejido político y sindical: la derecha de hoy es deudora directa de la sociedad conformada en el franquismo; el PSOE es capaz de integrar las diversas tradiciones socialistas, hasta las más contrapuestas, en la medida que representa, en su sentido más estricto, una formación política completamente renovada; el mundo sindical presente no tiene mucho que ver con el existente en 1936, siendo muy difícil emparentar a la UGT de hoy con la de la guerra, mientras que la CNT casi ha desaparecido y CC.OO. remonta su historia a los primeros años 60.

En este marco, el PCE representa una excepción tan notoria que basta repasar la lista de algunos de sus dirigentes actuales para apreciarlo. ¿Por qué este afán de supervivencia, de «legitimación histórica» característico del comunismo? Sencillamente, y por brutal que parezca, porque en la Europa de los años 70 y 80 no es po-

---

**No parece viable en España  
un proyecto a la vez distante  
de la Unión Soviética  
y del  
socialismo democrático**

---

sible recrear un partido comunista desde nuevas bases, y no es posible ante el colapso de cualquier estímulo positivo procedente de los irreconocibles «ideales comunistas» que ha producido el lúgubre campo del «socialismo realmente existente». Y la alquimia intentada dosificando renovación y tradición, en una España por lo demás tan titubeantemente democrática, sólo podía ser provisional: la crisis del PCE será su constante hasta que se resuelva la contradicción inherente a su proyecto.

Tal como están las cosas, en este espeso tejido determinado por las peculiaridades de una transición política sin ruptura, un PC cuya línea política ha naufragado y una bancarrota completa de las expectati-

vas abiertas por la revolución de octubre, no parece viable en España un proyecto comunista o «eurocomunista» a la vez distante de la Unión Soviética y del socialismo democrático. Probablemente el PCE, conforme siga centrifugando por una u otra vía a sus sectores más renovadores, pierda simultáneamente implantación social y posibilidades reales de independencia frente a los partidos-estados que han monopolizado lo que todo el mundo entiende irreversiblemente por comunismo; por su parte, el futuro de la disidencia renovadora y democrática no quedará muy apartado, si quiere mantener una cierta presencia en la vida política española, del Partido Socialista. El tiempo, en cualquier caso, correrá muy deprisa.